



DURA 1 (2019)

Revista de literatura criminal hispana

**Héctor Belascoarán Shayne:
el personaje que no existe pero que camina la ciudad**

Iván Farías
Autor, México

Es difícil escribir de Belascoarán Shayne sin hablar de su creador, Paco Ignacio Taibo II, de los movimientos sociales estudiantiles del 68 y el 71, de una Ciudad de México destruida por la corrupción del PRI, sin el viejo programa de televisión *La pregunta de los 64 mil* y, en mi caso, sin hablar de mi relación con un personaje que no existe, pero que caminaba la misma ciudad que yo.

Cuando tenía 17 años compré en un mercadillo dos novelas de la serie del detective chilango de ascendencia irlandesa y vasca. Los títulos eran *Amorosos fantasmas* y *Algunas nubes*, con ellas quedé enganchado. De alguna forma conseguí el teléfono de Paco Ignacio Taibo II¹ y le llamé. Yo era un lector voraz que no discriminaba nada, lo mismo leía Gogol, que a Spiderman, ciencia ficción, que novelas realistas rusas, además hacía mi servicio social en un instituto de cultura estatal, donde la mandamás era una poeta que se burló cuando me vio con los libros de Taibo en la mano. *Es el que hace mini novelas de crímenes*, me dijo con su ojo estrábico, ella que sólo había publicado un escueto un poemario.

En la noche, desde mi casa, le marqué a Taibo, sin saber qué haría después de que me contestara. El teléfono sonó y luego de unos minutos me respondió una mujer, luego sabría que era Marina, su hija. Ella me lo pasó y al escuchar su voz me quedé frío. Le dije que sus novelas me habían encantado. *¿Cuál leíste?* Le di el nombre y le inventé también que *Días de combate*. A esa edad no podía aceptar mi ignorancia.

—Y qué, me estás hablando para invitarme a Tlaxcala, ¿o qué?

—Claro, —le dije—, claro que sí —como si en verdad tuviera un plan.

—Ponte de acuerdo con Fritz Glockner, yo voy a Puebla en tal y tal fecha y me voy a pasar a Tlaxcala para dar una charla ahí, donde trabajas.

Taibo tiene, entre muchas peculiaridades, la de no manejar, no usar teléfono celular, leer más de cuatro libros al mismo tiempo, tomar Coca Cola, no usar nunca camisa de vestir, mucho menos corbata, fumar un cigarro tras otro, tener siempre un libro a la mano y decir las cosas tal cual las siente. Esto último le ha ocasionado que muchas personas lo odien, pero al mismo tiempo, que muchas otras lo amen.

Cuando llegó a Tlaxcala, en mi improvisada presentación, que le causó cierto enojo a la mandamaza estrábica, me dijo directamente que si yo quería escribir, antes debía dar clases de alfabetización en comunidades. En ese entonces no lo sabía, pero en su juventud Taibo alfabetizó obreros en Santa Clara, Ecatepec, lugar de donde amablemente lo sacó la policía a punta de pistola. Yo le hice caso y durante un año trabajé para el INEA.

Un hombre de la ciudad

Cuando en 1976 salió *Días de combate*, Taibo venía de las luchas estudiantiles, del movimiento del 68 y de la posterior represión, que obligó esconderse a muchos de los participantes y radicalizó a muchos de ellos mandándolos a la guerrilla. Paco, como le dice la gente cercana a su círculo, había nacido en el seno de una familia republicana educada, por lo que su pasó lógico era dedicarse a la escritura.

Paco Taibo II puede recitar de memoria tramas y citas de grandes clásicos universales, pero también de pasajes de los grandes libros de aventuras. Por eso no es extraño que para 1971, cuando tenía 26 años, escribe su primera novela, la cual era una mezcla de todas estas lecturas. Al terminarla, decide enviarla a 4 editoriales, misma cantidad que la rechaza. Eso, como él ha asegurado en varias entrevistas, fue a la larga en su beneficio, porque, luego de canibalizarla y reescribirla acabo siendo *Héroes convocados: manual para la toma del poder*, libro que lo haría acreedor al Primer Premio de novela Grijalbo en 1982.

En ella, Néstor Roca, ex activista estudiantil, acuchillado y convaleciente en un hospital, jura venganza contra el régimen de Gustavo Díaz Ordaz, para lo cual hace una especie de super liga de héroes (años antes que Alan Moore publicara *The League of Extraordinary Gentlemen*), llamando a través de cartas a Sandokan, D'Artagnan, Old Shatterhand y Winnetou, los Mau-Mau, Sherlock Holmes, Wyatt Earp y Doc Holliday, entre otros.

El rechazo de las editoriales le hizo recomponer el camino. Tomando como guía a Ross Macdonald, creo un detective chilango, que

como él, fue un extraño en tierra extraña, pero que debido a eso, era un chilango en toda la extensión de la palabra, uno crecido al castigo. Él mismo había sido un extranjero en esta tierra: “yo era un ente raro, era un adolescente que hablaba con la “c” (ceceaba)”, le confesó en entrevista a Elena Poniatowska. Además de eso, le regaló a Héctor una madre irlandesa y un padre vasco, ya fallecido. Amén de su mismo casero (Merlín Gutiérrez) y la misma dirección que él tenía en ese entonces (Atlixco y Campeche, colonia Condesa).

Taibo reunió, además de estos elementos, la televisión, en especial un programa que en ese entonces contaba con mucha audiencia, *La Pregunta de los 64 mil*, en donde Pedro Ferriz padre, quien luego se avocaría a buscar extraterrestres, hacía preguntas muy difíciles a los participantes.

Pero lo más importante es que hizo caminar a su protagonista, Héctor Belascoarán Shyne en un territorio real, uno que existía desde hace siglos, uno donde convivía con la gente común, que le habla al lector del entonces Distrito Federal. Tenía su despacho de “detective independiente” en la calle de Artículo 123, en pleno centro, y lo compartía con un plomero, más tarde con un tapicero y un experto en drenaje profundo.

El recorrido a pie

A Paco, la adicción/afición a la Coca cola le ha llevado a tener severos problemas con las causas de izquierda que ven mal que beba de “las aguas negras del imperialismo yaqui”. Recuerdo perfectamente en una mesa de información durante el plantón de Reforma, en 2006, Taibo pidió una botella de su refresco favorito y uno de los organizadores se lo dio poniéndole cinta canela para tapar la marca. Taibo le quitó la cinta y dijo muy enojado al micrófono que para que simulaban si todo mundo sabía que tomaba ese refresco, que ese tipo de cosas debían eliminarse, dejar de ser hipócritas.

Fue ahí cuando descubrí que un grupo disímulo de amigos éramos fanáticos de Belascoarán, ya que nos encontramos entre el público con nuestros libros prestos a que nos los firmara. A unas calles de Artículo 123 hicimos la promesa de recorrer las calles donde caminó el detective. Al otro día nos dimos cita en la Churrería El Moro para visitar los sitios más icónicos de *Días de combate*, guiados por ciertos párrafos, pero también por la primera adaptación cinematográfica de la novela, donde Pedro Armendáriz hijo llevaba el protagónico y el gran Alfredo Gurrola la

dirección. Al final del recorrido, luego de una serie de vueltas y equivocaciones, llegamos a Donato Guerra, continuación de Artículo 123, en esquina con Bucareli. Finalmente descubrimos que el edificio donde fue filmada la película estaba ahí, justo frente a la parada del Metrobús Expo Reforma, cosa que nos confirmaron los cuidadores de la entrada, que luego de pedirnos “pa’l chesco”, nos dejaron subir. ¡Es ahí!, nos gritaron desde abajo. La gente del edificio nos veía con cara de “otros peregrinos en busca de Belascoarán”.

Alguna vez le pregunté a Paco la dirección exacta del edificio donde estaba el despacho del detective y nada más se rio. *No sé, la ciudad ha cambiado mucho*, me dijo con cara de burla. En la novela nunca da un número exacto y la descripción del edificio es ambigua y poco clara. Sin embargo, Cerevro sí desayuna a unos pasos de ahí, en el Café La Habana y Belascoarán mueren en un charco de agua sucia producto de una escopeta de perdigones sobre Bucareli.

Las pintas

Cuenta Paco que sabía que su libro se vendía bien porque, en los setentas, Jacobo Zabłudovsky daba cada semana la lista de los cinco libros más vendidos, cosa que le era comunicada en vivo, así que cuando sólo daban cuatro, Paco suponía que *Días de combate* estaba entre esos.

Armando Bartra había hecho la portada de la primera edición, edición que entre nosotros los coleccionistas, puede llegar a costar arribita de mil pesos, claro, si está bien cuidada y no es reimpresión. Bartra era compañero de lucha de Taibo, así que la ilustración contaba de muy buena manera lo que sucedía dentro, brindaba la idea de toda esa acción que contenía la novela. No eran esas fotos a blanco y negro genéricas ni mucho menos esas crípticas portadas de los años ochenta.

El éxito de Belascoarán fue tal que Taibo escribió tres novelas más. En la segunda, *Cosa Fácil*, a la mera de Ross Macdonald, entremezcló tres tramas, la búsqueda de Emiliano Zapata, el caso de una actriz porno a la que le secuestran a su hija y el asesinato de un ingeniero durante una huelga. A diferencia de Mcdonald, ninguna converge en una sola, cosa que a Taibo le da gusto, porque Belascorán es mucho más terrenal que Lew Archer. La gente le tomó cariño al personaje, no así la crítica chata de literatura de nuestro país que decía “¿cómo se atreve? ¡Éste es un género anglosajón!”.

La tercera novela, muy breve, hace regresar a Belascorán del exilio, para resolver el caso de una mujer que es acosada por una banda

de mandrines, ex líderes estudiantiles. Es en esta historia aparecen un par de luchadores que sirven como guardaespaldas de la chica en cuestión, que sirven como descanso cómico de la trama llena de maldad. Para la tercera, *No habrá final feliz*, pone toda la carne en el asador y lo enfrenta contra una de las peores mafias del país, y revela como un trasunto de Zovek, fue engañado para entrenar a los Halcones y ejecutar con ellos la represión del jueves de Corpus en 1971. Y es aquí que Héctor muere asesinado.

No sabemos quién las hizo, pero en algunas paredes del centro hubo pintas que decían: Belascoarán vuelve.

Entrevista postergada

Yo no soy su amigo de Paco, por más que lleve años de conocerlo. Es difícil explicar cómo la admiración por su detective, por sus lecturas, por su memoria privilegiada y su desfachatez me imponen para poder acercarme de otra manera que no sea la del lector de policiaco. Lo he entrevistado tres o cuatro veces siempre con mala suerte. Una vez, luego de pedirle que me dejara interrogarlo, él se puso a firmar libros. Yo quería que hablara expresamente de literatura negra, de sus gustos, de sus libros más influyentes, porque, Paco, es un hombre político y siempre acaba decantándose por el momento en el que se está viviendo. Esa vez hablamos de Lawrence Block, de la colección que dirigió en la editorial Júcar, llamada Etiqueta Negra. Pero como la hicimos en la calle, el audio era inaudible, amén de las miles de interrupciones que tuvimos por los muchos fans que se reunían para preguntarle cosas, sacarse fotos y firmar libros.

Para esta revista le pedí expresamente que lo dejara entrevistar, amable, me dijo que sí, pero cuando quedamos de vernos en la presentación de uno de mis libros, fue imposible robarle un minuto, ya estaba en camino su nombramiento para el Fondo de Cultura Económica y aquello era un hervidero de gente.

La segunda vez fue en Ciudad Juárez, coincidimos en el mismo y hasta con horas de diferencia, nuestras presentaciones. Quedamos, mientras nos daban las llaves de nuestras habitaciones, que al otro día comeríamos y lo podría entrevistar. Cuando llegó la hora, Paco me vio y me dijo: no cabrón, tengo que ir con unos compañeros. Lo siento y se subió a una suburban que lo esperaba.

Vuelve al policiaco

Paco no sabe pero ha formado muchas de mis lecturas y ha sido parte muy importante de la forma en que veo la literatura. Taibo fue uno de esos arietes que rompieron el duro muro de rigidez y clasismo que destilaba la literatura mexicana en décadas pasadas. Señoritingos trajeados que ponían citas en francés, ruso o latín, claro, sin traducirlas. Paco Taibo II dinamitó con sus novelas, su lengua y pero principalmente con su trabajo, un status quo en el cual los desclasados no teníamos entrada.

De la saga de Belascoarán son diez novelas, a saber: *Días de combate* (1976), *Cosa fácil* (1977), *Algunas nubes* (1980), *No habrá final feliz* (1981), *Regreso a la misma ciudad y bajo la lluvia* (1989), *Amorosos fantasmas* (1989), *Sueños de frontera* (1990), *Desvanecidos difuntos* (1991), *Adiós, Madrid* (1993) y *Muertos incómodos*, novela a cuatro manos (2005), con el subcomandante Marcos. Ésta, a mi parecer, es la más flojita, la más panfletaria, que vale más la pena por cómo fue escrita que por la trama en sí.

La última vez que vi a Paco fue en Juárez, él estaba a punto de abordar la suburban que les conté, cuando apareció uno de mis grandes amigos, Roberto Bardini. Entrecerró los ojos y hasta apenas ese momento lo reconoció.

—¿Tito Bardini? —le gritó con alegría. Roberto medio que le reclamó que no lo hubiera saludado antes. —Es que sin barba no te reconozco —dijo a manera de disculpa.

Se abrazaron, se prometieron volverse a ver, mientras la camioneta presionaba a Taibo para que se subiera.

—Oye, Paco —le dije apenas me dio la espalda para irse. Él se giró y me dijo con la cabeza que qué necesitaba. —No seas así, vuelve al policiaco. Regrésanos a Belascoarán.

—Habrás que ver en qué está —dijo y se perdió en el desierto. Bardini y yo nos quedamos un rato bajo el pinche sol de Juárez y luego fuimos por unas cervezas.

En una de esas, Héctor Belascoarán Shyne regresa.

¹ Por más que hago memoria no logro recordar quién me lo dio.